DOCUMENT RESUME

ED 046 314 FL 002 109

AUTHOR Molina Redondo, Jose Andres de
TITLE Ideas linguisticas de Bernardo de Aldrete (The Linguistic Ideas of Bernardo de Aldrete).
PUB DATE Dec 68
NOTE 25p.
JOURNAL CIT Revista de Filologia Espanola; v51 n1-4 p183-207 1968

EDRS PRICE EDRS Price MF-$0.65 HC-$3.29
DESCRIPTORS Etymology, Grammar, *Language Instruction, *Latin, Lexicology, *Linguistics, *Linguistic Theory, Medieval Literature, Morphology (Languages), Phonetics, Seventeenth Century Literature, *Spanish, Syntax, Vocabulary

ABSTRACT

In 1602, Bernardo Jose de Aldrete wrote a book on Spanish linguistics entitled "Del origen de la lengua castellana o romance que hoy se usa en Espana" (The Origin of Castilian Presently Spoken in Spain") in which he explains and defends Castilian against the purist preference for Latin. This article reviews and evaluates Aldrete's linguistic ideas from a modern point of view. The author notes that Aldrete was devoid of any methodology and instead offered isolated descriptions of language as a vehicle of communication. An attempt is made to coordinate the linguistic ideas of the past and to show the grammatical, lexical, and phonetical changes. (DS)

From: Revista de Filología Española; Vol. 51,
No. 1-4, 1968.

U.S. DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION & WELFARE
OFFICE OF EDUCATION

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL OFFICE OF EDUCATION POSITION OR POLICY.

ED046314

IDEAS LINGÜISTICAS DE BERNARDO DE ALDRETE

Cuando tendemos la mirada hacia atrás, solemos considerar el pasado desde nuestro punto de vista —es legítimo e inevitable—, pero olvidamos, precisamente, el punto de vista del pasado: las ideas, los impulsos, los frenos, los condicionamientos de cualquier clase, en suma, que llevaron a los hombres de otros tiempos a hacer determinadas cosas; los anteojos de nuestra época nos hacen subestimar muchas cosas simplemente porque no son «modernas», porque no responden a nuestras inquietudes; pero prescindir de cristales deformadores es una exigencia científica, y sin ellos veremos cómo hechos y personas olvidadas o mal comprendidas cobran nueva forma dentro de *su* mundo. Algo de esto puede ocurrir con Aldrete. Respecto a los problemas que aquí van a ocuparnos, sus obras parecen, vistas con ojos de hoy, un conglomerado caótico hecho con observaciones de la más distinta filiación: ideas procedentes de la tradición y aceptadas apenas sin crítica, nuevas explicaciones de determinados hechos que en su tiempo comenzaban a insinuarse, pensamientos propios sobre el problema de la lengua; y todo ello carente, además, de un principio crítico organizador. Diciéndolo en pocas palabras: sus obras están desprovistas de *método*.

Pero, si hacemos el esfuerzo necesario para colocarnos en su tiempo, no cometeremos este error y comprenderemos que no pudo ser de otra forma. No estaba Aldrete en situación de ofrecernos una teoría del lenguaje tal como la entendemos hoy; pero dos de sus obras nos dan muchas observaciones valiosas sobre el hecho de la lengua. Así, de paso, queda explicado el título del artículo: una lectura paciente me ha permitido seleccionar y ordenar todas aquellas observaciones que no se limitan a ser afirmaciones concretas de *una* o de *varias* lenguas, sino que adquieren un valor de generalidad y que reflejan lo que Aldrete, más o menos explícitamente, pensaba sobre el hecho humano de la lengua.

FL002 109

Lo que el Renacimiento significó para el estudio de las lenguas «vulgares» es de sobra conocido. En los distintos trabajos destinados a considerar esta cuestión [1] se nos dice cómo elementos de tipo histórico, político y social convergieron para hacer de la Filología una de las disciplinas más destacadas entre las humanísticas: la formación de las nacionalidades —en sentido administrativo-político y espiritual— contribuyó poderosamente a resaltar el valor de las lenguas vernáculas como factores individualizadores; esto llevó a destacar y revalorizar las lenguas romances frente al latín. Pero, por otro lado, todos los humanistas del Renacimiento habían comprendido la universalidad de la lengua de Roma y la consideraban factor fundamental en la constitución del Imperio: la lengua que más se acercara a la latina heredaría el rango de universal y, en consecuencia, la nación que la hablara estaría en camino de convertirse en la nueva Roma [2]. Las dos tendencias opuestas condujeron a un resultado común: el paso al primer plano de las lenguas «vulgares» y su consiguiente dignificación; la numerosa serie de apologías escritas en este tiempo es una excelente prueba de ello [3].

La actividad de estos filólogos (en España, Nebrija, Valdés, Herrera, el Brocense, López Madera, etc.) condujo a que se acometiera por primera vez de modo científico —según la ciencia de aquellos tiempos— el estudio de las lenguas románicas. Y en la línea marcada por estos autores es necesario colocar a Bernardo de Aldrete [4]. Todas las inquie-

---

[1] Véanse, entre los que hacen referencia a la Península, L. KUKENHEIM, *Contributions à l'histoire de la grammaire italienne, espagnole et française à l'époque de la Renaissance*. Amsterdam, 1932; W. BAHNER. *Beitrag zum Sprachbewusstsein in der spanischen Literatur aes 16. und 17 Jahrhunderts*. Berlín, 1956 (hay traducción española con el título de *La lingüística española del Siglo de Oro*. Madrid, 1966).

[2] Vid. ERASMO BUCETA, *La tendencia a identificar el español con el latín*, en *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, t. I, Madrid, 1925.

[3] Para el castellano, vid. F. J. PASTOR, *Las apologías de la lengua castellana en el Siglo de Oro*. Madrid, 1929; y G. BLEIBERG, *Antología de elogios de la lengua española*. Madrid, 1951.

[4] Bernardo de Aldrete nació en Málaga en 1564 y murió en Córdoba en 1641. Dedicado a la carrera eclesiástica, debió de pasar la mayor parte de su vida en esta última ciudad, de cuya catedral llegó a ser canónigo. Consta que estuvo en Roma, aunque no se sabe la fecha exacta; allí apareció por primera vez una de sus obras fundamentales. Pocos más datos hay sobre su vida: hombre polifacético —arqueólogo, historiador, filósofo, literato— se sintió atraído por el estudio de su lengua y a ella dedicó un libro completo y buena parte de otro. Lo que fue como filólogo —casi como lingüista— nos lo dejó en sus obras y a través de ellas trataremos de averiguarlo. Aparte de las noticias que sobre Aldrete da ya N. ANTONIO,

tudes, todos los afanes de ellos se encuentran en el autor malagueño; sería empresa facilísima, por ejemplo, espigar fragmentos de sus obras en los que se entone el canto de las virtudes de nuestra lengua. Pero cuando escribe Aldrete —principios del siglo XVII— la llamada «cuestión de la lengua» ha cambiado algo; no ha pasado, ni mucho menos, el fervor nacionalista, pero sí se ha matizado; esto explica que Aldrete sienta un interés más amplio que los filólogos anteriores, lo que le llevará, primero, a considerar las otras lenguas romances junto al castellano, esbozando —ya— la lingüística románica; y, segundo, a preocuparse por los hechos de lengua en general. Y, como queda dicho, en este segundo punto quiero insistir [1]; en la mayor parte de los casos la observación está referida a una lengua concreta, pero su reiteración y, a veces, su formulación le dan carácter de hecho general; la abundancia de citas textuales queda explicada por esto mismo.

L e n g u a .

La facultad del lenguaje es un don divino. «Recibio el hombre de la Diuina mano dos beneficios en antiguedad natural los primeros, en vtilidad ricos, en nobleza ilustres, la razon i la lengua su interprete...» [2]. El problema de la monogénesis o poligénesis en los comienzos de esta facultad humana no era tal para Aldrete: el *Génesis* daba resuelta la cuestión. La misericordia divina proporcionó a los hombres una única lengua para su comunicación. ¿Cuál fue esa lengua? Aquí sigue Aldrete en la tradición: «Comun sentencia i opinion de los mas de los Santos es, que la lengua Hebrea fue la primera de todas» [3]. Pero si divina fue la misericordia, divino fue asimismo el castigo. El episodio de la torre de Babel marcó la división de las lenguas.

Bibliotheca Hispana Nova. Madrid, 1783, t. I, pp. 220-221, el resto de las aquí aducidas procede del archivo particular del padre Francisco Mondéjar, S. J., que prepara un Diccionario biográfico malacitano. Los libros que he utilizado para este estudio han sido: *Del origen, i principio de la lengua castellana o romance que oi se vsa en España*. Roma, 1606; y *Varias antigüedades de España, Africa i otras prouincias*. Amberes, 1614; citados, respectivamente, *O*. y *A*. Respeto las grafías y la puntuación de los textos originales, a veces evidentemente erróneas, pero que no llegan a oscurecer el sentido.

1 Para lo primero, vid., sobre todo, el citado libro de BAHNER, pp. 119-146 de la traducción española.

2 *O*., Prólogo.

3 *A*., p. 130.

Es claro que todas estas explicaciones, aceptadas por Aldrete, no desentrañaban, ni mucho menos, la complejidad del fenómeno lingüístico. La íntima realidad del lenguaje quedaba incólume, virgen todavía a los ojos del que se acercara a contemplarlo. En el fondo, el problema se reducía a averiguar cuál era la relación entre realidad, pensamiento y lengua. Platón, pese a elaborar una importante teoría, no captó el asunto en su totalidad. Aristóteles, convencido de la arbitrariedad de los elementos lingüísticos, fue mucho más al fondo de la cuestión: en su teoría, la razón se convertía en el factor principal, dominando, por un lado, a la realidad —en cuanto objeto de pensamiento—, y por otro, al lenguaje. Para el filósofo griego, en el principio fue la Razón. La postura de Aldrete no dista mucho de la aristotélica. Ya en el primer párrafo citado más arriba hemos leído «la razon i la lengua su interprete». El lenguaje es siervo del pensamiento. Esta especie de afirmación de principio se ve, luego, corroborada en otras partes de sus obras. Así, comentando unos versos de Lucrecio, afirma: «El sentimiento humano es vario, i lleno de varios afectos, que concibe por sus sentidos, i conforme a ellos a su voluntad i aluedrio encamina su lengua a lo que mas le plaze i agrada» [1]. He aquí los tres factores que componen la teoría aristotélica: sentidos, entendimiento y lengua, o cosas, ideas y palabras. Los sentidos proporcionan la realidad exterior al entendimiento, que la clasifica en ideas; las palabras son el reflejo o el símbolo de esas ideas. La concepción simbólica del lenguaje, firmemente establecida por Aristóteles, es aceptada por Aldrete. Al ocuparse de otros versos del mismo autor [2], observamos cómo disocia el problema de la naturaleza del lenguaje en dos: en su origen, en el primer hombre, el lenguaje, don divino, responde a la esencia de las cosas, como quiere Platón; pero, luego —¿quizás desde la confusión de las lenguas?—, son la necesidad y la utilidad las que dominan la lengua, y el hombre se siente aprisionado por ellas: él no se crea la lengua, sino que la recibe. Cuando Aldrete abandona la tradición sus palabras son más acertadas: «... como el natural vso de las palabras sea, para que vnos hombres se comunicassen con otros, i manifestassen sus conceptos, sin las quales su naturaleza quedara corta, i falta, es cierto que su primer origen auia de ser en el trato, i vso dellas» [3]. La necesidad impulsó al hombre a comunicarse con sus semejantes. La afirmación puede parecer hasta rigurosa y estérilmente positivista: el origen del lenguaje está en el uso y trato de

[1] *A.*, p. 94.
[2] *A.*, pp. 92-93.
[3] *O.*, p. 42.

las palabras, pero, en definitiva, demuestra la aceptación, por un lado, de la servidumbre del lenguaje respecto al pensamiento, y, por otro, de la convencionalidad de la lengua.

La lengua, atributo humano por excelencia.

Las ideas de Bernardo de Aldrete sobre el origen y naturaleza del lenguaje no son, lo hemos visto, demasiado originales ni están muy claramente expresadas. Sus reflexiones van cobrando vigor, sin embargo, a medida que desciende al plano de la lengua en relación con sus hablantes. En cualquier página de sus libros, casi en cualquier línea, puede notarse la importancia que ella tiene para nuestro autor en el conjunto de los atributos humanos. Nunca, es cierto, se ha negado esa importancia: la atención que se le ha dedicado en todos los tiempos es buena prueba de ello. No muy lejos de nosotros está la época en que se la consideró, incluso, como un organismo natural de vida propia e independiente, sometido, como todos los organismos animados, a las inexorables leyes biológicas: nacimiento, progreso, decadencia, muerte. Las ideas de Aldrete sobre la corrupción de las lenguas podían hacernos creer en una concepción naturalista, pero esta creencia se desvanece en cuanto observamos que toda la importancia que Aldrete concede a la lengua se la da siempre en relación con los hombres que la hablan; para él, lo veremos más adelante, es un instrumento, pero le asigna una significación trascendente: no es sólo un componente más de la naturaleza humana, sino precisamente uno de los que hacen que esa naturaleza del hombre sea, valga la redundancia, «humana». Traduce en una ocasión a San Agustín, y hace suyas las palabras del Santo africano: «La diuersidad de las lenguas enagena vn hombre de otro. Porque si se encuentran dos, que forçosamente por alguna necessidad an de estar juntos, i ninguno dellos sabe la lengua del otro, mas facilmente los animales mudos, aunque sean de diferente genero se haran compañia, que aquellos dos, aunque ambos son hombres: porque no pudiendo comunicar entre si lo que sienten, por la diferencia de las lenguas, no les es de prouecho, para que se hagan compañia, ser de vna misma naturaleza, de tal manera que de mejor gana estará vn hombre con su perro, que con vn estrangero» [1]. Y ya hemos visto que decía: «... sin las quales [las palabras] su naturaleza quedara corta, i

[1] *O.*, p. 57 y *A.*, pp. 79-80. El párrafo de SAN AGUSTÍN se encuentra en *De civitate Dei*, lib. 19, c. 7.

falta» [1]. De esta manera, Aldrete afirma no sólo la importancia de la lengua como atributo humano, sino que asienta también el valor conformador que la lengua propia tiene sobre sus hablantes. Si tenemos en cuenta que señalaba que de la división de las lenguas surge la enajenación de «los animos i voluntades de los que en la habla no eran conformes, i de aqui se siguieron los odios i guerras» [2], comprenderemos que las ideas sobre las relaciones entre individuo, lengua y pueblo no fueron un total invento romántico, sino que pertenecen, como tantas otras, a la fecunda prehistoria de la lingüística; podemos considerarlas, aunque su formulación concreta se deba a los tiempos modernos, como una constante de los estudios sobre el lenguaje [3].

La facultad humana de la comunicación se ofrece a Aldrete con acusados perfiles de auténtica realidad; no es algo irreal, intangible, suprahumano, sino todo lo contrario, realidad normal, cotidiana, equiparable a otras que constituyen el entorno vital del hombre. A lo largo de sus libros es comparada, unas veces, a realidades de tipo material —casa, patrimonio— que el hombre crea y de las cuales hace uso; otras, a realidades diferentes, que entrañan contenidos espirituales: familia, religión. Todos sabemos que la lengua es otra cosa, más personal e intransferible que lo anteriormente dicho. Pero demos la comparación por buena, y veremos cómo Aldrete, al resumir las cualidades de esas otras realidades en la lengua, no hace más que magnificarla y engrandecerla, de acuerdo con la generalidad de los filólogos del Renacimiento y de los siglos posteriores.

La lengua como hecho social.

Hoy consideramos conquista exclusiva de la llamada «escuela francesa» la concepción de la lengua como un «hecho social». Pero tampoco aquí es todo nuevo. Ya desde los principios de los estudios lingüísticos lengua y sociedad han sido realidades puestas en relación muy a menudo. También en Aldrete lengua y compañía son conceptos muy relacionados; recuérdese el párrafo citado de San Agustín [4] y se comprenderá

---

[1] *O.*, p. 42.

[2] *O.*, Prólogo.

[3] Sobre esta cuestión puede verse, entre otros, el libro de I. IORDAN, *Lingüística Románica (Evolución-corrientes-métodos)*. Reelaboración parcial y notas de M. ALVAR. Madrid, 1967; el asunto es abordado en muchas páginas del libro (consúltese índice de temas), pero, sobre todo, al hacer la exposición y crítica de las doctrinas idealistas, pp. 143-247.

[4] Vid. de la pág. anterior.

que la convivencia humana sólo es posible si se establece sobre la base de una misma lengua, que se convierte así en el elemento fundamental de la vida social. Si había afirmado que todos los hablantes de una lengua *son* de ella (de la «lengua vulgar») [1], admitía otro principio esencial: la lengua es algo que está por encima del individuo como tal, es algo que pertenece a todos; es, en una palabra, un hecho o bien social. Al tener en cuenta que es básica la comprensión en el uso de la lengua («Porque que aprouecha la perfeccion en el hablar, a que no se sigue, que entiendan los oientes»), Aldrete observa perfectamente que la sociedad —es decir, «el gusto de muchos» [2]— es la dueña de la lengua. No puede, por tanto, ponerse en duda la conciencia que tenía de la lengua como hecho social: gran parte de sus obras está dedicada a hablar de la colonización romana; en ella la lengua latina es, primero, el lazo que se establece entre comunidades diferentes; luego, el elemento aglutinador que unifica esas comunidades. Comunidad y lengua son dos realidades en las que lo social es la nota fundamental.

La «comunicación» y la «expresión».

No sorprenderá, entonces, que la finalidad principal del lenguaje sea para Aldrete la *comunicación:* «...auia de ser por medio de la comunicacion, que no la ai si no es por el de la lengua, no auiendo otro, que pueda hacer esta trauazon, i vnion de animos i voluntades, si no se comunican, i entienden» [3]. Es, en definitiva, la misma idea que expresaba San Agustín cuando consideraba que más fácilmente estaría un hombre con su perro que con otro hombre que no hablara su lengua. Esta es el lazo que unifica a los hombres, porque es lo único que les sirve para comunicarse. Aldrete manifiesta en este punto de la finalidad del lenguaje, de nuevo, su compreusión del fenómeno lingüístico. Ya hemos visto cómo señala la importancia de la función comunicativa. ¿Qué ocurre con la *expresión?*

Esperar que nos diera otra exacta delimitación del lado expresivo del lenguaje, tal como esto se entiende hoy, es exigir demasiado: para poner de relieve este aspecto de la lengua, mediante el cual el complejo anímico humano halla una vía de manifestación, han sido necesarias las aportaciones de geniales investigadores (Vico, Humboldt, Croce,

---

[1] *O.*, Prólogo.
[2] *A.*, p. 94.
[3] *A.*, p. 82.

Vossler, entre otros), todos muy posteriores al tiempo en que vivió Aldrete. Pero, para él, la comunicación tampoco era simplemente un proceso mediante el cual el hombre se vincula a sus semejantes; dentro de ella englobaba algo que me atrevo a considerar cercano a la «expresión». Volvamos sobre un párrafo ya comentado por otro motivo: «Porque como el natural vso de las palabras sea, para que vnos hombres se comunicassen con otros, i *manifestassen sus conceptos...*» [1]. Pongamos nuestra atención en la frase que he destacado. Acaba de referirse a la comunicación y por ello es lógico esperar que estas palabras tiendan, por lo menos, a una amplificación; la forma en que está construida la frase no nos autoriza a pensar en una mera repetición. ¿Sería muy arriesgado considerar que ese *manifestar* significa algo así como 'sacar al exterior lo que el hombre lleva dentro'? Cierto que su complemento, *conceptos*, tiene una clara intención lógica que lo alejaría de lo expresivo; pero también me parece posible, sin violentar la intención del autor, entender *concepto* como algo más amplio que la simple etiqueta de una aséptica idea; sencillamente, como lo que el hombre lleva dentro y expresa, no por comunicarse con su interlocutor, sino por descargarse de ello compartiéndolo.

Consideremos otras palabras suyas: «Porque no pudiendo comunicar entre si *lo que sienten*... de mejor gana estara vn hombre con su perro, que con vn estrangero» [2]; Aldrete nos pinta la situación de dos personas que no hablan la misma lengua, y nos dice «mas facilmente los animales mudos, aunque sean de diferente genero, *se haran compañia*, que aquellos dos, aunque ambos son hombres». Es decir, en esta ocasión, como en tantas otras de la vida, lo fundamental no es comunicarse conceptos lógicos, impersonales, sino manifestarse, *hacerse compañía*, en definitiva, derramar ese complejo sentimental —«lo que sienten» lo llama Aldrete— que todos los hombres llevan dentro.

Valor instrumental.

Un teórico moderno del lenguaje ha escrito: «Instrumento y lenguaje pertenecen, según es sabido de antiguo, a lo más humano del hombre» [3]. Bühler dice «de antiguo» con mucha razón. Aldrete, en este punto, no hace más que afiliarse a una consideración tradicional, luciendo su sentido común; el lenguaje aparece por doquier, en todas las páginas

[1] *O.*, p. 42.
[2] *O.*, p. 57.
[3] K. BÜHLER, *Teoría del lenguaje*. Madrid, 1950, p. 11.

de su libro *Del origen*, considerado como instrumento; ya en el primer capítulo Aldrete, al interpretar de manera providencialista la historia de la Humanidad, considera que el Imperio romano fue una necesidad para lograr la unidad política del mundo conocido, por donde había de derramarse la semilla de la nueva religión cristiana. El Imperio fue, pues, el receptáculo político ideal para el crecimiento del Cristianismo; el instrumento, el vehículo que hizo posible ese esparcirse y crecer de la verdad de Cristo fue la lengua latina. La explicación providencialista del Imperio romano contribuye así a cerrar el ciclo establecido en torno a la lengua: fue un don divino, que la soberbia humana perdió en Babel, recibiendo por castigo la confusión de las lenguas; el perdón divino encarna en Roma y su imperio: la lengua latina desterrará la discordia causada por la diversidad. Pero esta idea referente a la predestinada universalidad del latín puede parecer producto, no de la observación detenida de la lengua, sino de una tradición al respecto, fortalecida en este caso por la implicación de creencias, firmes en nuestro autor. Por ello me parece necesario referirme a otros lugares donde sí se ve con claridad que Aldrete considera el lenguaje como instrumento al servicio del hombre, y por él forjado. Habla de la aceptación del latín por los pueblos vencidos y afirma que la necesidad los hizo «mui diestros» [1] en la lengua romana: necesidad de granjearse la voluntad de los vencedores, para poder establecer una convivencia pacífica y deseada. Y glosando a Filón: «No ai cosa, que assi aproueche, para el bien, conseruacion, i seguridad de los que se tratan, que vsar de una misma lengua, i quien sabe muchas lleua consigo el buen agrado, para los que las hablan, conocido es por amigo i aprouado por tal, si lleua consigo saluo conducto de siguridad para los peligros» [2]. Aldrete ha traspasado la concepción meramente instrumental del lenguaje y ha iluminado su aspecto afectivo. De un lingüista moderno son estas palabras: «... se trueca el lenguaje en arma de combate: el hablante trata de imponer sus pensamientos a los otros, persuade, ruega, ordena, prohibe; o bien, a veces, la palabra se repliega y cede: se trata con circunspección al interlocutor, se esquiva su ataque, se intenta captar su favor, o bien se le testimonia respeto o admiración» [3]. Las palabras de Bally se refieren a la vida cotidiana, a cualquier situación en la que se encuentren dos o más interlocutores; y las de Aldrete, sólo a la cir-

---

[1] *O.*, p. 137.

[2] *O.*, pp. 137-138. Las ideas glosadas de Filón pertenecen a su *De confusione linguarum*.

[3] CH. BALLY. *El lenguaje y la vida*. Buenos Aires, 1957, p. 25.

cunstancia especial de unos dominados políticamente ante la lengua vencedora. Pero, en el fondo, la misma comparación: la lengua es escudo y arma ofensiva, sirve tanto para imponer el pensamiento y la forma de vida como para defenderse y granjear las voluntades; el hombre convierte su facultad expresiva en instrumento de alabanza y aplacamiento frente al soldado vencedor.

El «uso» en la lengua. «Lengua vulgar».

Factor importantísimo en la vida de las lenguas es el uso. El hombre utiliza su lengua, y es esa utilización la que decidirá sobre su suerte: «Ciceron lo mostro esto no vna vez, sino muchas, enseñando como es fuerça acomodarse al vso, que es el dueño de la lengua» [1]. Un poco más adelante, hablando del papel de los godos en la «corrupción» del latín, afirma: «Vio se en esto, quanto mas puede el vso que el desseo del Principe por poderoso que sea. Dessearon los Reies Godos, que sus gentes se acomodassen a la lengua i leies Romanas... i procurando esto con muchas veras i cuidado no lo pudieron conseguir, antes como gente barbara, i mal disciplinada lo destruio todo, i hizo vna mezcla de la vna i otra lengua...» [2]. Aldrete ha estado a punto de afirmar la total soberanía del uso en el lenguaje, desprovisto de normas, correcciones y ataduras de cualquier tipo. La fuerza del uso es tal porque en ella la «sustenta i ampara el vulgo» [3].

En cualquier época podemos ver cómo la palabra *lengua* (o *lenguaje)* ha servido para designar realidades diferentes —convertir esto en formulación explícita ha sido una de las glorias de F. de Saussure.—También en Aldrete puede observarse una especie de dualidad entre dos maneras de enfocar y entender una misma cosa. Cuando habla de la lengua y de cómo debe ser, se nota su conciencia exacta de que jugaba con dos realidades: la lengua que utiliza cada uno de los hablantes y la lengua norma, una suerte de patrón lingüístico general. Sólo que la norma no es aquí una realidad interior, inherente a la propia lengua —es decir, el sistema—, sino algo aplicado a ella desde fuera, una realidad artificial, elaborada por el estudio y no por el uso: la gramática. Más concretamente: la lengua que surge como resultado de una

---

[1] *A.*, p. 94. Para las ideas de CICERÓN sobre en este punto vid., por ejemplo, *Orator*, 160, y *De Oratore*, III, 39; y 49.

[2] *A.*, p. 96.

[3] *A.*, p. 107.

exacta sujeción a las normas gramaticales. Pues bien: la lengua que utiliza cada uno de los hablantes es lo que Aldrete llama *lengua vulgar*. Merece la pena tratar de esclarecer algo más este concepto.

En el capítulo dedicado a probar que el latín fue la lengua vulgar de Roma se dice: «... los Romanos diziendo nuestra lengua entendian la latina, que vulgarmente vsaban, i esso denotaua dezir, nuestra lengua, de manera, que diziendo assi, es lo mismo, que dezir la Vulgar, la de la tierra, la que todos hablan» [1]. Ya hemos alcanzado una nota de la lengua vulgar: es la que todos hablan en un determinado lugar. Leamos un poco más adelante: «Bien cierto es, que para saber la lengua vulgar no es menester arte, ni escuela para aprenderla en la tierra donde se vsa, porque las primeras palabras, que los niños forman, i las que començando a hablar dizen, son los principios della» [2]. Es decir, que la lengua vulgar se adquiere espontáneamente, sin necesidad de recurrir a libros de gramática que la enseñen. Esta lengua vulgar no es, sin embargo, tan uniforme como pudiera parecer: «... porque la lengua Vulgar a todo llega, pero con diferencia, que de vna manera habla el hombre de letras, i cortesano, i de otra el que no las tiene, i el que es del aldea i cortijo...» [3]. Tampoco la lengua vulgar es, por esencia, exclusiva: «I no, porque en algunas partes conseruassen la lengua antigua, dexa de ser cierto, que la lengua vulgar, i que mas corria en España era la Latina» [4]. Y, por último, la afirmación más importante en torno a la lengua vulgar: «Ninguna de las lenguas, que oi se conocen, i aprenden por arte dexo en sus principios de ser vulgar» [5].

Podemos esquematizar estas ideas: a) al afirmar que cualquier lengua es o ha sido vulgar, es inexacta la suposición de que el adjetivo *vulgar* haga referencia a un tipo grosero o degradado de lengua; lengua vulgar es, para Aldrete, la espontánea, la natural, la que no ha sido «perfeccionada» por las reglas gramaticales; b) esta lengua vulgar se adquiere espontáneamente, sin necesidad de estudio; desde la infancia se va recibiendo de los seres que nos rodean; c) normalmente, se circunscribe a un espacio geográfico determinado, «la tierra donde se vsa»; d) no es uniforme; a todos se les da, pero no todos la realizan del mismo modo. De esta manera, el concepto de *lengua vulgar* aparece

---

[1] *O.*, p. 44. Postura idéntica encontramos, entre otros, en Fray Luis de León; vid. F. J. PASTOR, *op. cit.*, pp. 39-40.

[2] *O.*, p. 47.

[3] *O.*, p. 124.

[4] *O.*, p. 100.

[5] *O.*, p. 42.

ante nuestros ojos con gran riqueza de notas, ninguna de ellas despreciable. Una vez establecido que la lengua es intérprete de la razón, no cabe la menor duda de que, para Aldrete, en el principio fue la Palabra, y no la Norma. La lengua se alcanza por vía natural, de manera espontánea, se recibe de los que nos rodean en nuestro medio vital. Aldrete tiene conciencia perfecta de que la lengua vulgar presenta dos caras: todos la reciben, a nadie normalmente constituido le es negada: no en vano es, ya lo hemos visto, un bien social por excelencia; pero si «la lengua vulgar a todo llega», lo hace «con diferencia, que de vna manera habla...» Olvidemos por un momento que a continuación de estas palabras nuestro autor señala sólo unas pocas maneras diversas de hablar, y vayamos a lo hondo de la cuestión: ¿no son esas palabras un reconocimiento implícito de que cada hombre *realiza* de modo diferente lo que *recibe* de su entorno lingüístico? La lengua como algo que se recibe y la lengua como algo que se realiza (con una relativa libertad: educación, nivel social, etc.). Los términos exactos, la verdadera catalogación de su importancia, su colocación en el centro de una fecundísima investigación lingüística científica, pertenecen a tiempos modernos. Pero estas ideas sobre la distinción entre *lengua* y *habla*, como la madera que desde el árbol llega a la talla preciosista, existían ya en siglos anteriores. Nuestro dedo las ha señalado en la España de los albores del siglo XVII.

La evolución en la lengua. La «corrupción».

En este recorrido por las ideas lingüísticas de Bernardo de Aldrete llegamos a otro punto esencial: «... mueren se los hombres, acabanse sus Reinos, i possessiones, todo se muda con el tiempo, i las palabras solas an de ser para siempre, siendo las mas ligeras, que el viento, i mas sugetas a mudanças. Mucho se engaña por cierto, quien en la cosa mas inestable i flaca busca perpetuidad, i firmeza» [1]. Aldrete sabe perfectamente que lo que ocurre es «que la lengua con el tiempo se muda, i va poco a poco siendo otra, de manera, que sin nueuo accidente, mas que el que causa el tiempo basta para que vna lengua sea casi otra de la que fue agora trecientos años» [2]. No se contenta con señalar el hecho, sino que en ocasiones lo trata etiológicamente: las causas de la evolución, aunque dispersas, van apareciendo así ante nosotros: la voluntad

[1] *O.*, p. 177.
[2] *A.*, p. 90.

de los hablantes, que escogen unas palabras y abandonan otras [1]; las alteraciones fonéticas debidas a la diversa manera de articular de los hablantes [2]; la estética del oído, que siente atracción por los vocablos nuevos, mientras que los antiguos le desagradan [3]. En definitiva, el factor fundamental en la evolución le parece el tiempo, que va cambiando la lengua, sin que ésta pueda volver a su ser primitivo; la evolución es irreversible: «Esto puede el tiempo, el qual puede hazer i confundir, pero no apartar i diuidir lo, a que buelua a su ser primitiuo» [4].

De la mano de la evolución nos encontramos con el concepto quizás más importante en el ideario lingüístico de Aldrete: la «corrupción». La corrupción lingüística, bien cierto, no es más que un aspecto de otra más amplia, la de todo lo humano: «Enuejecense los vocablos como todas las cosas del mundo, siendo la lengua la que mas sugeta esta a corrupcion i mudança, de quantas en el ai, no auiendo alguna, que no la tenga, i mas las humanas» [5]. Aparte de la corrupción producida en una lengua por hablantes extraños a ella (los godos y el latín), Aldrete cree en una corrupción interna, como puede verse en el párrafo anterior. Bahner así lo piensa: «Aldrete sabía que el latín había tenido una evolución y que al hundirse el Imperio romano existían ya fuertes tendencias hacia una corrupción lingüística interna. San Isidoro de Sevilla le sirve de testigo de confianza» [6]. La idea central de Aldrete es falsa: envejecer, con excepción de cuando se refiere a las cosas materiales, no indica de por sí progreso o decadencia; es, simplemente, un acumularse el tiempo. Pero nuestro autor en este caso tiene los ojos demasiado apegados a lo visible y hace bueno lo de «cualquier tiempo pasado fue mejor» —no olvidemos que la teoría del «ciclo de las lenguas» le sobrevivirá varios siglos. La lengua, debido a su evolución interna, se va desgastando poco a poco y va degenerando; esta corrupción es ayudada por la ignorancia y el descuido de las nuevas generaciones de hablantes que se van incorporando a la lengua. Pero, si esta idea es falsa en el fondo, no es menos cierto que fue ella la que habilitó a Aldrete, firmemente asentado en este principio, para que lograra esas conquistas que lo convierten en uno de los primeros cultivadores de la lingüística románica; porque, en efecto, partiendo de esta base, el problema del paren-

---

[1] *A.*, p. 94.
[2] *A.*, p. 302.
[3] *O.*, p. 176.
[4] *A.*, p. 303.
[5] *A.*, p. 92.
[6] *Op. cit.*, p. 127 de la traducción española.

tesco de las lenguas cobraba un nuevo aspecto: todas las lenguas que tuvieran un estrecho parecido entre sí podían remontarse a una lengua matriz, cuya corrupción dio lugar a ellas. Casi por primera vez, el latín y las lenguas romances eran encuadradas así en un conjunto armónico, con un motivo «científico» que las unía y explicaba sus relaciones.

La lengua y los factores políticos.

Una gran parte de los dos libros de Aldrete que aquí consideramos está dedicada a exponer y comentar temas históricos. Concretamente en *Del origen*, las páginas sobre la colonización del Imperio romano, sobre todo de la Península Ibérica, son abundantísimas. ¿Digresiones de un temperamento erudito, que a todo aplica su mente curiosa? No, puesto que esta forma de actuar obedece a un principio general que observamos en los escritos de Aldrete: cuando un pueblo es conquistado por otro de manera permanente recibe la lengua de los vencedores, que se introduce, primero, como lengua de carácter oficial y, luego, como vehículo de todas las relaciones; incluso, cuando la dominación es profunda y duradera, se convierte en la lengua del diálogo familiar e íntimo, relegando la anterior o anteriores a un olvido total. Aldrete se enfrenta a las opiniones de otros —en especial a las de Gregorio López Madera, cuya teoría del castellano como lengua originaria de la Península Ibérica representaba una concepción diametralmente opuesta a la suya [1]—, a quienes una y otra vez les pasaba inadvertido, o se negaban a admitir, el hecho esencial, tantas veces contemplado, de que un pueblo vencido adopte la lengua vencedora, sobre todo si ésta es de cultura, caso del latín en las provincias del Imperio [2]. El pleno reconocimiento de estos hechos colocaba a Aldrete en magnífica situación para llegar a una exacta comprensión de determinados fenómenos lingüísticos firmemente interpenetrados con otros históricos; entre ellos, los referentes al sustrato. Partiendo de este punto, ya no puede extrañarnos que dedique atención preferente a las conquistas romanas cuando trate de demostrar que el latín era lengua vulgar en las provincias. Ni que luego resalte la invasión de los godos como factor decisivo en la corrupción del latín y en el nacimiento de las lenguas romances.

Perfectamente convencido de la importancia que una lengua tiene

---

[1] Vid. E. ALARCOS, *Una teoría del origen del castellano*, en *BRAE*. 1934.

[2] La «romanización» es quizás el ejemplo más claro en nuestra cultura. Vid., por ejemplo, B. E. VIDOS, *Manual de lingüística románica*. Madrid, 1963, pp. 171-176.

para sus hablantes naturales y del apego que sienten por ella, sabe que los primeros pasos de la imposición de una lengua han de darse en pos de los soldados vencedores [1]. Para Aldrete el hecho tiene una explicación lógica: la lengua es fundamentalmente un vehículo de comunicación y entendimiento entre los hombres, de modo que el que en las guerras «perdio la libertad, no fue mucho, que con ella perdiesse la lengua, i tomasse aquella, con que auia de agradar a su dueño i señor» [2]. Que el hecho tiene para nuestro autor caracteres de principio general y no está simplemente circunscrito al latín y su Imperio, se comprueba viendo cómo Aldrete echa mano de él siempre que un pueblo es sojuzgado por otro: los hebreos en Babilonia, los índigenas americanos en la conquista española, los propios habitantes de la Península Ibérica tras la conquista musulmana. La única excepción la constituyen los godos invasores del Imperio romano, que adoptaron el latín; Aldrete trata de explicar este hecho de una u otra manera, pero no supo ver lo esencial en este caso: los primeros invasores del Imperio, sobre todo los que llegaron a las tierras occidentales, llevaban ya siglos de contacto con el latín, y la eficacia de éste como vehículo de una organización administrativa y jurídica excelente los había ganado como hablantes antes de que desapareciera la máquina política que había hecho posible su imposición.

En definitiva, pues, para Aldrete, la aceptación de una lengua por los pueblos vencidos es un hecho natural, consecuencia de la dominación guerrera y política. Forzoso es recordar las palabras de Nebrija: «... una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio; y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de entre ambos» [3].

Tampoco se le escapa a Aldrete otro hecho importante relacionado con el anterior: ¿el latín de Roma y el que se extendió por todo el Imperio fue un latín homogéneo? Todos sabemos las distintas explicaciones que la lingüística románica de los últimos tiempos ha ensayado para contestar satisfactoriamente a esa pregunta. Aldrete no pormenorizó en este punto, pero, de acuerdo con su idea de la evolución de las lenguas, en la que tanto espacio como tiempo contribuyen a la mudanza —el lenguaje «como se muda con las tierras, assi con las edades...» [4]—, es

---

[1] *O.*, p. 58.

[2] *A.*, p. 80.

[3] En el prólogo de su famosa *Gramática*. Tomado de la edición de PASCUAL GALINDO ROMEO y LUIS ORTIZ MUÑOZ, Madrid, 1946.

[4] *O.*, p. 42.

lógico que no le pasara inadvertida la diversidad del latín: «Aunque los Romanos por todo su Imperio introduxeron su lengua, pero esto fue con alguna mengua, i quiebra de su elegancia, i pureza, porque tambien recibieron vocablos peregrinos, i Dionysio Alicarnasso no se hartaua de admirar, que auiendo sido tantas las gentes, que auian entrado en Roma, totalmente no se vuiesse hecho barbara» [1]. Esto le llevaba irremediablemente a afirmar que el estado más puro de una lengua se da en su lugar de origen. De esta manera, Aldrete toma partido en la disputa que durante el siglo XVI se había entablado sobre cuál sería el patrón lingüístico del castellano: «Lo mismo sucede oi en el Romance, que sin duda se da mejor a los de Toledo, que a los de otras partes, i mucho menos fuera de España» [2].

Gramática.

Desde su nacimiento esta disciplina lingüística ha estado sometida a objetivos extralingüísticos. Mediante aportaciones diversas —hay que subrayar la de Aristóteles— apareció una gramática, al mismo tiempo lógica y normativa, que ha llegado hasta nuestros días. En la época de Aldrete se estaba muy lejos de llegar a la conclusión de que la gramática debe ser una disciplina descriptiva y funcional (o estructural) y nuestro autor no fue más allá; en su descargo habrá que decir que no intentó escribir ningún tratado gramatical y que sólo de pasada, al referirse al origen del castellano, hizo algunas alusiones a la gramática. Pero no dejamos de encontrar detalles interesantes en estas observaciones.

En primer lugar, sus referencias a *materia* y *forma* en el lenguaje. Estos conceptos surgieron en la filosofía aristotélica para designar, en el conocido ejemplo de la estatua, la primera al material utilizado, la segunda a la idea inspiradora del artista, que llega así a dominar a la materia. La Escolástica incorporó esta pareja de conceptos a su filosofía del lenguaje: la forma sería la significación, y la materia, los sonidos. Fue W. von Humboldt, con su famosa «innere Sprachform», quien vino a dar un nuevo enfoque a la cuestión; en efecto, la forma interior de una lengua, que coincide con el modo de concebir la realidad que caracteriza a la comunidad que la habla, se refleja sobre todo en su sistema gramatical. El segundo capítulo del libro que A. Llorente ha escrito sobre cuestiones

---

[1] *O.*, pp. 150-151.

[2] *O.*, p. 56. Vid. A. ALONSO, *Castellano, español, idioma nacional.* 3.ª ed., Buenos Aires, 1958, especialmente pp. 64-70.

gramaticales [1] se dedica a estudiar la composición del lenguaje y del signo lingüístico; en él se pone de relieve cómo entre los criterios utilizados para este fin destaca el que fija su atención en los aspectos del lenguaje: junto al puramente material, los sonidos, y el espiritual o ideal, las significaciones, hay que colocar el aspecto gramatical, constituído por las *formas;* este último es, en realidad, el aspecto específicamente idiomático y el que sirve para diferenciar las lenguas.

Leamos, entonces, lo que escribió Aldrete: «Assi como la materia, i forma son los principios essenciales, de que qualquier cuerpo se compone, i recibe el ser perfecto en su especie, de la misma manera, qualquiera lengua tiene dos partes principales [...] los vocablos, i la Gramatica, aquellos son como la materia, i esta como la forma, con que reciben ser, no teniendo mas que disposicion para ella» [2]. En principio, forma y gramática ya están emparejadas. Los tres aspectos del lenguaje que veíamos líneas antes aparecen en Aldrete reducidos a dos: los sonidos y las significaciones han quedado englobados en *vocablos*. El tercer aspecto, el formal, coincide exactamente con lo que aquí se llama gramática. Y la coincidencia no es casual. En efecto, palabras y gramática son las partes principales de una lengua, pero las primeras no alcanzan su verdadero valor más que a través de la segunda, que les da la forma adecuada; indirectamente, Aldrete ha afirmado lo que nosotros ya sabíamos: que lo específicamente idiomático en una lengua es lo formal, es decir, lo gramatical. Va, incluso, más allá: si los vocablos de una lengua sólo tienen disposición para la gramática de esa misma lengua, es precisamente en esa disposición donde radica el aspecto diferenciador de unas lenguas frente a otras. Si prescindimos de la génesis del lenguaje articulado —donde puede sospecharse la existencia de palabras-frases y realidades de este mismo tipo—, la postura de Aldrete es correcta: todas las lenguas, en especial las del tipo de la suya materna, se caracterizan precisamente por la diversidad de combinaciones que se establecen entre sus unidades, tanto de sonido y de significado como de relación [3]. Moviéndose en esta línea, Aldrete define la gramática como «la traua-

---

[1] *Morfología y Sintaxis (El problema de la división de la Gramática)*. Granada, 1955. Ahora recogido en *Teoría de la lengua e historia de la lingüística*. Madrid, 1967.

[2] *O.*, p. 225.

[3] En otro lugar insiste ALDRETE en esta idea: «Haze se mas claro esto considerando, que las principales partes de la lengua son los vocablos, i la gramatica, con que estos entre si se trauan, i engarzan, para hazer sentido perfecto [...] porque qualquiera dellas que falte, es otra lengua». *O.*, p. 188.

zon con que entre si se juntan [los vocablos] para hazer buen sentido» [1].

Pero quizás esta definición no fue más que eso y en la práctica se desvaneció como la espuma de una ola fugaz. Cuando habla, por ejemplo, de las escuelas de gramática en Roma, Aldrete piensa ya en otra cosa: ahora la gramática se convierte en algo que sirve para hablar bien, o sea, en una técnica: «Tambien las auia [escuelas] de Gramatica Latina, en que los Maestros Gramaticos enseñauan a hablar bien con propriedad, i elegancia aquella lengua Latina, que ia sabian, declarauanles los poetas, i enseñauanles otras letras humanas» [2]. Es la misma idea que vemos en Nebrija: la lengua necesita el «artificio» de la gramática para no ver menoscabadas su pureza y su elegancia. Esta concepción está plenamente justificada por el momento histórico en que surgió; los filólogos de los siglos XV, XVI y XVII, entusiasmados con el «hallazgo» de sus respectivas lenguas, cayeron en el espejismo de considerar que se podía detener el proceso evolutivo, o al menos refrenarlo, para así conservar el estado lingüístico que presumían inmejorable.

Con estas ideas está muy relacionada la de la *propiedad* de la lengua, concepto muy precisado de un estudio particular y concreto. En los libros de Aldrete hay continuas referencias a este acuerdo que la lengua debe guardar consigo misma. He aquí una de ellas: «A lo qual [palabras y gramática] se pueden añadir los modos de dezir, que tocan a la propriedad, i perfeccion de la lengua, pero no son parte principal de que se compone» [3]. Sobre los vocablos y la gramática —sobre los aspectos fónico, significativo y formal— Aldrete coloca, una y otra vez, la capa de la perfección, de la elegancia, del cuidado excesivo; no sospechaba que todo esto, en cuanto se extrema, acaba por ahogar lo que mantiene fragante la lengua: la naturalidad, la espontaneidad en su utilización.

Léxico.

En dos ocasiones trata Aldrete de fijar la posición de las palabras dentro del conjunto de la lengua, precisamente cuando habla también de la gramática. Ya hemos visto cómo la palabra constituía para él la *materia* del lenguaje, mientras que la gramática era la forma. Pero esto no es una definición de la palabra en sí; sólo podemos saber que es una parte principalísima de la lengua, de tal manera que, si la estructura de las

---

[1] *O.*, p. 190.
[2] *O.*, p. 48.
[3] *O.*, p. 188.

palabras llegara a variar, podríamos afirmar, sin temor a error, que nos encontrábamos frente a otra lengua: «... porque qualquiera dellas [la gramática y los vocablos] que falte, es otra lengua» [1].

Cuando Aldrete se refiere a la evolución de las lenguas y a su consecuencia, la corrupción, emplea más de una vez el término «palabra». Es cierto que con él se refiere en muchas ocasiones a la lengua en general, pero no lo es menos que en otras se está ocupando de las palabras como unidades independientes. Consciente de que la fisonomía de una lengua depende en mucho de las palabras que la componen, sabe que el léxico ha de ser una de las parcelas que más variaciones reciba con el tiempo; las palabras se quedan viejas, y a rey muerto, rey puesto: «Todos vemos palabras desusadas, i otras introducidas de nueuo, i poco a poco se van alterando i trocando» [2]. El proceso evolutivo general presenta caracteres especiales en el léxico. En las palabras que siguen se resume casi todo lo que Aldrete pensaba en este punto: «Lo mesmo passa oi en el Romance, que admitimos vocablos latinos de nueuo o de otras lenguas, o porque faltan en la nuestra los proprios, o porque buscamos que aia en ella maior abundancia dellos; o porque realmente ella, como las demas cosas del mundo no se conserua en un mesmo ser, i estado» [3]. La renovación del vocabulario, como un aspecto más del cambio general, es ineludible. Y hay razones convincentes que la explican: o la pobreza de la lengua en un determinado momento o el deseo de enriquecerla a través de su léxico. Además, Aldrete localiza exactamente el problema cuando separa entre los vocablos recibidos «de nuevo» del latín y los que proceden de otras lenguas; las dos vías de penetración de palabras no tradicionales —cultismos y préstamos— están claramente expuestas. A los primeros no hace ya más referencias, pero la anterior basta para que nos demos cuenta de que el hecho de la nueva latinización no le pasó desapercibido. Sobre los segundos sí habló en más ocasiones; en una afirma que tomar muchos vocablos de otra lengua no es olvidar la propia, sino darle mayor riqueza [4], aunque cuando trata directamente del castellano siente algunos recelos: «Como ni el Italiano ni Frances pueden dezir, que todas las dicciones, en que su lenguage concurre con el nuestro, puede afirmar, que las recibimos de los personages, que vienen de aquellos reinos a estos» [5]; dice muy bien «todas las dicciones», lo que equivale

---

[1] *O.*, p. 188.
[2] *A.*, p. 94.
[3] *O.*, p. 261.
[4] *O.*, p. 101.
[5] *A.*, p. 199.

a admitir, implícitamente, que algunas sí son préstamos de esas lenguas.

De nuevo hacen aparición, ahora en el campo léxico, los factores políticos: es la expansión de los pueblos, y la consiguiente de sus lenguas, la causa de que éstas adopten vocablos unas de otras; en este caso se halla tanto la lengua de los vencedores como la de los vencidos: «Mas como por causa de otras naciones, que an venido a esta prouincia en varios tiempos i ocasiones, se nos aian pegado vocablos suios, sera justo dar alguna razon dellos. Porque esto no es vicio, ni falta de nuestra lengua, como a parecido a algunos, sino mui comun a todas las del mundo, i por dexar exemplos de otras [...] ella [la latina] los admitio de todas las naciones de quien fue vencedora» [1]. Esta admisión no hace que la lengua cambie esencialmente: «I como la lengua Latina no dexo de ser lo, por los vocablos, que de otras lenguas recibio, assi tampoco la castellana» [2]. Aldrete, al reconocer que el «curso ordinario es, que passen, i se peguen los vocablos de una nacion a otra» [3], se hallaba en una situación inmejorable para barruntar conceptos de la ciencia lexicológica que sólo se formularán mucho tiempo después; entre ellos, los de sustrato, superestrato y adstrato léxicos. La convivencia que se establece entre comunidades diferentes se manifiesta en un trasiego de costumbres y de formas de vida y, con ellas, del vehículo que hace posible ese trueque: la palabra. El pueblo vencedor puede imponer su lengua a los vencidos, pero no sin adoptar algunos vocablos de la de éstos: el latín los tomó de la lengua antigua de España, pero latinizándolos, «adulçando les lo duro i aspero del barbarismo, [...] i quitando todo lo que desdezia de la Romana» [4]: es el *sustrato*. Pero hay otras ocasiones en que el pueblo dominado políticamente no pierde su lengua, sino que sólo se ve obligado a admitir usos y palabras de los vencedores: «Tambien nos quedaron muchos de sus vocablos [de los godos] los quales tengo por mui dificultoso declarar quales sean, parte por la poca noticia, que de aquella lengua tenemos, parte porque la suia, i la nuestra es mui otra de la que en aquellos tiempos fue» [5]. Y en otro lugar: «... porque con el trato, i comunicación se le pegaron [al castellano] muchos vocablos Arauigos, bien conocidos oi por tales, por serlo su principio, que por hallarnos tan cerca del son a todos notorios» [6]: en el primer caso, *superestrato;* en el segundo, *superes-*

---

1 *O.*, p. 260.
2 *O.*, p. 189.
3 *O.*, p. 362
4 *A.*, p. 85.
5 *O.*, pp. 360-361.
6 *O.*, p. 362.

trato, sustrato o *adstrato*, según la forma y época de penetración de los términos árabes.

Nuestro autor no se limita a reseñar el hecho indudable del cambio parcial del vocabulario. Si todos los elementos de una lengua son susceptibles de cambio y alteración —nadie mejor que Aldrete lo sabía—, el significativo lo es más que ninguno. Modernamente se ha escrito que la «concepción heracliteana de un perpetuo fluir en el lenguaje, que todo lo penetra, es de particular interés para el estudioso de la semántica. De todos los elementos lingüísticos apresados en ese flujo, el significado es probablemente el menos resistente al cambio» [1]. A Aldrete tampoco le pasó esto desapercibido: «Quantos nueuos vocablos se introduzen en nuestra lengua, quantos se corrompen, quantos *mudan significado* [...], i a lo que tiene vn nombre le dan otro metaphorico» [2]. ¿A qué se deben esos cambios semánticos? Aldrete apunta algunas respuestas: «... porque muchas palabras significan aora otra cosa, de la que al principio, vsando las por semejança o translacion» [3]; cuando trata de diferenciar las lenguas románicas entre sí recurre al vocabulario, porque «vna tomo vnos vocablos, i otra otros, vnos en vna significación, i otros en otra, vnos admite por *metafora*, otros por *translacion*» [4]; incluso da una pequeña serie de palabras latinas que al pasar al español cambiaron de significado [5]. Con las palabras citadas Aldrete, que sólo da breves noticias sobre el cambio semántico, se coloca, sin embargo, en la línea exacta de su comprensión; ha captado perfectamente que la variación de significado de las palabras no puede ser caprichosa y ha señalado dos causas: la semejanza de sentidos, que se traduce en la metáfora, y la contigüidad de sentidos («translación» para Aldrete), que halla cauce en la metonimia. Basta repasar cualquier tratado de semántica para darse cuenta de que el autor español estaba bien situado en el mundo de los fenómenos lingüísticos.

En otro punto referente al léxico muestra una vez más su sentido común, al afirmar que, una vez sometida la Península por los romanos y desaparecidas las lenguas prelatinas hispánicas, «conseruaronse los nombres de las otras lenguas que, o por ser proprios de regiones, montes, pueblos i rios, o de cosas mui señaladas quedo su memoria entre todos, i

---

[1] ST. ULLMANN, *Semántica (Introducción a la ciencia del significado)*. Madrid, 1965, p. 218.

[2] *A.*, p. 153. El subrayado es mío.

[3] *O.*, p. 197.

[4] *O.*, p. 189. El subrayado es mío.

[5] *O.*, p. 204.

por tanto en los escritos Griegos i Latinos» [1]. Los nombres aplicados a las realidades de orden material con las que el hombre convive cotidianamente, de modo singular las relacionadas con su tierra, son los que más perviven, quizá porque los nuevos hablantes que se van incorporando aceptan la realidad reciente junto con la palabra que la designa.

En otro orden de ideas, está convencido de que las semejanzas léxicas son muy importantes para establecer otras de carácter más amplio entre lenguas diferentes, aunque reconoce que un «juizio cierto i formado no se puede hazer sino con maiores fundamentos» [2]; en realidad, ésta era una forma de curarse en salud, ya que luego tenía que afirmar, pese a las indudables semejanzas léxicas, la diferencia entre las lenguas románicas.

Fonética.

Desde los estudios fonéticos llevados a cabo por los gramáticos indios hasta los del siglo XIX, sólo el Renacimiento representa la aparición de algo original, de un interés nuevo por los sonidos del lenguaje; no puede olvidarse que los filólogos de esta época, en el fervor por sus lenguas, no dejaron parte ninguna de ellas sin explorar, aunque, es evidente, con fortuna diversa. Entre aquellos que contribuyeron al mayor esplendor de los estudios fonéticos, Aldrete ocupa un lugar destacado, más que por sus concepciones generales en este aspecto, por la extraordinaria historia de los sonidos del castellano que elaboró [3].

No le pasó desapercibida la posibilidad de que casualmente coincidieran palabras de lenguas diferentes, dada la enorme desproporción entre las unidades de la primera y segunda articulaciones; lo extraño no es la coincidencia, sino precisamente lo contrario: «Obra es esta que muestra el poder i saber del Altissimo, i mui semejante a la que vemos en los rostros, voluntades, i otras qualidades de los hombres» [4]. Por otro lado, comprendía la importancia del aspecto fonético de una lengua, que suele ser privativo o muy particular de ella. Cuando trata de probar que fue el mismo Dios quien, velando por el futuro de la Humanidad, quiso el triunfo del latín como lengua universal, considera que sólo El es capaz de dar a alguien la facultad de hablar en una lengua que no

---

[1] *A.*, p. 180.
[2] *Ibid.*
[3] *O.*, pp. 205-224.
[4] *A.*, p. 203.

sea la suya «con el sonido i pronunciacion que los mas diestros en cada vna pudieran conseguir» [1]. Los que no son hablantes naturales de una lengua se conocen en su «tonillo»; y aquí hace una observación interesantísima: que los hijos de esos hablantes extraños a la lengua pierden dicho «tonillo» [2]; de esta forma Aldrete asiente de manera indirecta a la afirmación de que la lengua es independiente de los caracteres físicos. Recordemos unas palabras de W. von Wartburg: «La langue est [...] indépendante des aptitudes physiques [...] Ce qui est donné à l'enfant, c'est seulement la capacité de croître et de se développer dans une langue quelconque, mais non une langue determinée» [3].

Extraordinaria importancia tienen los sonidos cuando se trata de estudiar la evolución de la lengua. Aldrete comprende la fragilidad de las palabras en su cuerpo fonético: «Todas las mudanças de letras, vnas en otras se causan a los principios, porque el oido, i lengua no usados, a oir, ni hablar los nueuos vocablos, no preciben, ni pronuncian bien, i con facilidad truecan vnas por otras, porque assi entendieron o se oluidaron teniendo fundamento, que vnas con otras tienen entre si semejança en el sonido» [4]. De aquí, sobre todo, vino la corrupción. Esta comprensión de los hechos le autorizaba a afirmar que el proceso de derivación más corriente en las palabras es el fonético: «El tercero, i quarto modo, en que es mas escura la deriuacion, i es mas ordinaria, i en que ai mucho que notar, es introduziendo se vnas letras en lugar de otras, o todo junto, trocando, disminuiendo, o acrescentando, que son cuatro maneras. Y para poder sacar en limpio las deriuaciones, es fuerça valer nos de lo que el mismo [Varrón] dize, que no deuen ser reprehendidos los que buscando el principio, i origen de algun vocablo, o le añiden, o quitan letras, para que con mas facilidad puedan alcançar lo que en la dicion esta escondido» [5]. Esto le llevará a estudiar la evolución del vocalismo y del consonantismo latinos hasta llegar al castellano, y lo hizo con tanta fortuna, que muchas de sus conclusiones se convirtieron en

---

[1] *A.*, p. 172.

[2] Son numerosas las referencias de ALDRETE a la dificultad de adoptar la fonética de una lengua extraña, y al «tonillo» que la delata. Por ejemplo, cuando afirma que los extranjeros que llegan a España asimilan nuestra lengua «i quando los mas rudos no la toman bien en la pronunciacion i tonillo se conocen» (*A.*, p. 89).

[3] W. VON WARTBURG, *Problèmes et méthodes de la linguistique*. 2.ª ed., aumentada y refundida con la colaboración de ST. ULLMANN. París, 1963, p. 215.

[4] *O.*, p. 125.

[5] *O.*, p. 205. No debe extrañar que Aldrete, según la costumbre de su tiempo, hable de «letras» y no de sonidos.

«leyes fonéticas» en el siglo XIX. En el párrafo anterior vemos cómo defiende a los etimologistas cuando, en busca del origen de las palabras, se entregan a determinados juegos no demasiado ortodoxos; en otro lugar, sin embargo, recomienda cautela: «En las etimologias, i deriuaciones conuiene ir con tiento, i viendo, que San Isidoro Varon tan insigne en ellas, en la de Hispalis le sucedio con poca felicidad, reconoscamos la flaqueza humana, pues a Varron le sucedio lo mismo en muchas...» [1]. Pese a esta advertencia, cuando Aldrete se atreve a buscar etimologías por su cuenta se inclina a uno u otro lado según las necesidades.

Final.

Hasta aquí las que considero ideas lingüísticas generales de Bernardo de Aldrete. Las explicaciones que fueron al principio de cómo debería entenderse este enunciado creo que no habrán sido ociosas. No hay teoría del lenguaje en los libros de nuestro autor ni nada que se le parezca; pero sí una detenida observación del lenguaje, una rica multiplicidad de puntos de vista en su estudio, una fina intuición y un robusto sentido común para tratar las más diversas cuestiones. Al leer sus obras, cuando hemos logrado ya desechar esa impresión inevitable de monotonía y pesadez que causan la mayor parte de los libros doctrinales de épocas que no sean la nuestra, la riqueza del pensamiento lingüístico de Aldrete se despliega exuberante ante nosotros y nos tiene en una tensión continua de agradable sorpresa, haciendo saltar nuestra atención de unos puntos a otros del lenguaje sin apenas transición. A Aldrete le surgen afirmaciones casi aisladas, breves impresiones de su temperamento curioso, que reseña pero que no puede desentrañar debidamente. Para convertirse en una auténtica personalidad de los estudios lingüísticos le faltó algo que, en el campo que nos ocupa, sólo han tenido los genios y la lingüística moderna: el método. El método, ciertamente, no es uniforme, depende de la textura psíquica de cada investigador; pero precisamente uno de los mayores logros de la ciencia moderna ha sido hacer posible que cada estudioso que se acerca a un determinado campo pueda fabricarse su propio método, que será bueno o malo a tenor de sus resultados. Hasta el siglo XIX, salvadas las individualidades geniales, los estudios lingüísticos no fueron metódicos: la toma de posición frente a los problemas del lenguaje, si personal, no era metódica, es decir, no era científica. En posesión de un método riguroso, Aldrete

[1] *A.*, p. 66.

habría podido reunir en un excelente cuerpo de doctrina lo que de otra manera no es más que un conglomerado de ideas sobre la institución humana del habla. El intento principal de este artículo ha sido organizarlas de algún modo en torno a los problemas y aspectos fundamentales del lenguaje tal como los ha considerado la lingüística de los siglos posteriores al suyo. Pero, naturalmente, no es esto lo único que nos ofrece Aldrete; descendiendo al plano concreto del castellano y de las otras lenguas y dialectos romances, sus obras, en especial *Del origen*, se manifiestan riquísimas de contenido. En otro lugar de este artículo queda dicho cómo para este aspecto puede consultarse el capítulo correspondiente de la obra de Bahner, exhaustivo en cuanto a la exposición de las ideas de Aldrete, pero no en cuanto a su interpretación. El análisis de la doctrina del autor malagueño sobre el castellano y sobre las lenguas románicas bien merece la pena de otro artículo.

José Andrés de Molina Redondo.

Universidad de Granada.